HOJA VOLANTE

con el horroroso asesinato que ha hecho un mancebo por robar á los padres de su novia; declara este papel como estuvo seis meses aparentando amor para conseguir su criminal proyecto, y medios para conséguirlo.

A Vos, Reina del Cielo,
y Madre nuestra en la tierra,
á Vos, que de pecadores
sois la refulgente estrella,
acudo para implorar
le deis á mi torpe lengua
el brillo que es suficiente
para esplicar la tragedia
mas horrorosa que han visto
los hombres en esta época,
ni aun escrito en los anales
antiguos, segun se cuenta.
En un pueblo el mas lucido
que hay en la rica Valencia
habitaba un caballero
de muy distinguidas prendas
en compañia de su esposa
y de una hija que era
el hechizo de sus padres
por su estremada belleza:
entre los muchos galanes
que su amor mas persigniera
se contaba un caballero jóven,
D. Jimio de Valenzuela,
hombre que nadie sabia
la patria de donde era;
solo sí, que era muy rico,
aunque grande calavera:
este por su bizarria
alcanzó de la doncella
pasar noches y mas noches
con ella hablando en la reja:
así pasaron seis meses,
tiempo que con mil ofertas
llegó el infame á ganar
la voluntad de su dueña,
para que una noche oscura
le franqueara la puerta:
entró cual lobo furioso
que busca hambriento la presa,
y no al cuarto de la dama
el vil amante se fuera,
si no adonde están sus padres
durmiendo con paz serena
y con la igual precaucion
que en el desierto la fiera,
no le queda el menor sitio
del cuarto que no lo olfatea,
hasta dar con los esposos
y á puñaladas los deja
revolcándose en la sangre
que vierten sus rotas venas.
De allí se parte furioso
á donde está la doncella,
pretendiendo con alagos
y con finjida terneza
empañar de aquel cristal
la inmaculada pureza;
ella al verle, acobardada,
aunque de todo está agena,
llama al momento á sus padres
con voz triste y lastimera;
pero el bruto insensible
á toda humana clemencia,
saca feroz el puñal
y una estocada le asesta
que le parte el corazon,
dando fin á sus querellas;
y con la criada vil
toda la casa trastea,
hasta dar con el dinero,
que á indicios de la perversa
no tardaron en buscarlo,
sabiendo adonde lo encieran:
mas Dios que nunca permite
que tan bárbaras escenas
queden nunca sin castigo,
permitió que el ruido oyeran
los vecinos mas cercanos,
y á la justicia dan cuenta:
acuden con gente armada,
echan abajo la puerta,
y dan con los infames
que muy pronto á la carrera
saldrian en dos caballos
para marcharse á otra tierra;
los prenden y en breves dias
arrojan las causas sean
conducidos al cadalso
para que claro se vea
que al infame en este mundo
solo esa suerte le espera.
Y el autor rendido pide
al curioso que esto lea
odie con fuerza el delito,
y al criminal compadezca.

Cadiz, imprenta de D. F. S. del A.